

LA ESTACIÓN por DDJ

Sara entró en la estación de metro mientras el pitido de su reloj digital marcaba las dos de la madrugada. No se veía a nadie y el silencio era tan total que abrumaba. Que distintas eran las cosas a las tres de la tarde cuando ella cogía el suburbano para ir a trabajar. La lluvia caía con fuerza en el exterior y el viento aullaba por las desiertas calles barriéndolas como si estas le pertenecieran.

Validó su billete y bajó al andén para descubrir que en toda la maldita estación no había un alma. Ni un guardia de seguridad. Ni un empleado. Absolutamente nadie. Un escalofrío recorrió su espalda mientras forzaba una sonrisa. ¡Maldita sea! ¿Acaso se estaba poniendo nerviosa? ¡Por Dios! No había nada que temer. Simplemente la noche era tan desagradable y aquella estación estaba tan apartada que le hacían sentir temerosa.

Mejor sería dejarse de bobadas y pensar en los días maravillosos que había pasado en la casa rural con sus amigas. Aisladas del mundo, relajadas, sin problemas y en contacto con la naturaleza. ¡Pero que pronto se había acabado! Luego el regreso al trabajo y el rollo del inventario de la boutique. Se le había hecho tardísimo y aún así decidió dar una vuelta para relajarse y estirar las piernas. La maldita lluvia, su carrera por las calles y allí estaba ahora como la única habitante de la solitaria estación.

Miró el panel de horarios para descubrir que solo faltaban veinte minutos para la llegada del tren lo que hizo que se sintiera mucho mejor. "Ójala llegara alguien", pensó. En una papelería próxima a ella y llena a rebosar asomaba un periódico. Se acercó para cogerlo y comprobar que era de aquel mismo día. Al menos había tenido suerte. ¿Que pasaría por el mundo? Había estado tan desconectada de todo con lo del viaje y los dos días de duro trabajo que no estaba enterada de nada. No había tenido tiempo ni de ver televisión ni de escuchar la radio. Ojeó distraídamente la portada del diario y sus ojos se abrieron como platos cuando leyó el titular principal: "Cuarta víctima del asesino de la gabardina", escupían las grandes letras.

Leyó rápidamente el artículo enterándose de que un peligroso maniaco acechaba en la ciudad habiéndose cobrado ya cuatro víctimas. En concreto cuatro mujeres jóvenes. La policía apenas tenía pistas y la alarma había cundido entre la población. Una mujer consiguió huir del psicópata y contó a los agentes que la persona que la había acosado llevaba una gabardina negra con una gran capucha que impedía verle la cara. La muchacha logró salvarse al conseguir llegar a un taxi y huir. Sara dejó de leer y sintió cómo las piernas le temblaban. Un sudor frío le empezó a recorrer la frente mientras su cabeza analizaba velozmente su situación. Sola en aquella apartada estación con un asesino en serie suelto por ahí y diez minutos aún para la llegada del próximo metro que la llevaría a su reconfortante apartamento del centro. De pronto, escuchó un ruido. Las escaleras mecánicas se habían puesto en funcionamiento. Alguien estaba bajando...

Miró nerviosamente hacia las canceladoras. Ansiaba ver quien llegaba. Quien iba a compartir con ella aquel lugar tan alejado del mundo en aquellos momentos. La silueta de la persona vestida con gabardina negra se reflejó en la pared bajo las potentes luces del techo. La enorme capucha no dejaba vislumbrar si se trataba de un hombre o de una mujer aunque eso, en aquellos aterradores segundos, a Sara le daba igual. La sombra encapuchada se dirigió al mismo andén en el que se encontraba la aterrorizada muchacha. Avanzaba despacio, calmadamente, sin hacer ruido. Fuera la tormenta descargaba impresionantes ráfagas de lluvia mientras Sara avanzaba nerviosamente hacia el otro extremo del andén en el que se encontraba el ascensor. Sentía la ominosa presencia a sus espaldas, muy cerca, a punto de cogerla. No quería

mirar atrás, su única oportunidad era huir de allí, de aquel escenario de pesadilla, de aquel cuento macabro.

Pulsó el botón del ascensor y éste empezó a bajar muy lentamente. Sara empezó a rezar en voz baja mientras las lágrimas anegaban sus ojos y todo su cuerpo temblaba como una hoja al viento. Pero era tarde ya, él ya estaba demasiado cerca. Casi podía sentir su respiración. No quería darse la vuelta, no era capaz de hacerlo. Gritó angustiosamente cuando notó la mano en su hombro.

- Perdona -escuchó una voz femenina- no quería asustarte...

Sara se giró en el justo momento en que la chica se quitaba la capucha de la gabardina negra y dejaba ver una preciosa melena rubia

- Pues lo has hecho -respondió secamente Sara.

- Yo no te voy a atracar ni nada de eso, es que he visto que te ibas pitando, tía.

- Si. Yo... bueno... no importa...

Apenas quedaban ya siete minutos para la llegada del tren y Sara no pudo reprimir una risa nerviosa. Se había comportado como una idiota, como una niña asustadiza. La recién llegada la miraba sin entender.

- Me parece que tú te has metido algo, ¿no?

- Para nada. Es que me has asustado, nada más.

- Pues no se qué es lo que te ha dado miedo. Tú me has asustado a mí con tu actitud, pensé que te pasaba algo -dijo la muchacha.

- Ha sido por tu gabardina.

- ¿Mi qué...? ¡Está lloviendo a mares ahí fuera! ¡No querrás que vaya en camiseta!

En ese justo momento, los ojos de la desconocida brillaron de un modo especial dejando entrever que estaba comenzando a entender.

- ¡Claro! ¡Mi gabardina! No habrás creído que yo era el asesino, ¿no?

- Justamente.

La chica comenzó a reírse a grandes carcajadas. Casi exageradamente. Sara se sintió molesta.

- Estaba leyendo la noticia en el periódico cuando has aparecido con la puta capucha puesta y aquí no hay ni un alma, ¿no te habrías asustado tú?

- ¿Yo? ¡No! ¿Por qué?

- ¡Pues qué valiente, hija!

- Me llamo Estefanía. ¿Te has enterado hoy de lo de los asesinatos?

- Sí, he estado de viaje y luego dos días muy ocupada y...

- Entonces... ¿no conoces los detalles?

- No. -cortó Sara- Ni quiero.

Sara miró a la chica y notó cierta frialdad en su mirada, incluso parecía decepcionada. No tendría más de veinte años y desde luego había algo en su mirada que no le gustaba en absoluto. Empezó a sentirse incómoda y no sabía la razón. ¿Acaso su mente intentaba avisarla de algún peligro?

- A esas cuatro tías las abrieron en canal ¿sabes?, las destriparon como a cerdos -dijo de pronto Estefanía- había sangre por todos lados...

Sara permaneció en silencio mientras la otra pronunciaba aquellas horribles palabras.

- La verdad es que esas guarras se lo merecían -siguió-. No eran más que mujerzuelas que vagabundeaban por la noche. Mujeres asquerosas que tuvieron su castigo.

- ¡No está bien que hables así! -gimió Sara temblándole todo su ser.

- ¿Sabes una cosa? Mi madre era como ellas, una golfa, una perdida. Nunca me atendió.

Nunca me quiso. Por eso la hice pagar...

Sara intentó moverse pero el miedo la atenazaba tan fuerte que sentía sus piernas tan pesadas como enormes piedras. Recordaba lo leído hace apenas unos minutos. La

policía no tenía ninguna pista y ni siquiera sabía si el asesino era un hombre o... una mujer.

- A una de esas putas casi la decapitaron, ¿lo sabías?

Sara avanzó unos pasos al frente mientras Estefanía seguía diciendo cosas horribles. Tenía que salir de allí. Llegar a la calle. ¡Huir!

- ¡Te estoy hablando! ¡¿Dónde demonios crees que vas?!

Agarró a la muchacha de un brazo tan fuertemente que Sara se quedó totalmente petrificada. Su corazón bombeaba tan rápido que parecía que iba a explotar. Intentó soltarse pero la otra no aflojó atenazándola.

- Su... suéltame... –rogó casi sollozando.

- Tú eres como ellas, eres una mala mujer como ellas –rugió Estefanía con el rostro lleno de ira.- Tú también tienes que morir...

El ruido del metro llegando a la estación llenó los oídos de Sara. El miedo dejó paso a la rabia, a la determinación de defenderse, al deseo de vivir. De un fuerte tirón se soltó de la tenaza de Estefanía y la golpeó con fuerza en la cara sorprendiendo a la muchacha que trastabilló, resbaló y, por último, cayó al suelo. El tren ya estaba a punto de entrar en el andén cuando Estefanía intentó levantarse mientras una expresión de sorpresa llenaba su rostro. Sara la derribó de nuevo de un tremendo puntapié que la hizo rodar y caer sobre la vía. Con un gesto de horror, Estefanía intentó subir de nuevo al andén mientras el metro ya se encontraba a escasos metros de su frágil cuerpo.

- ¡Dame la mano! –suplicó con voz angustiada.

Sara ni siquiera se movió. No podía hacerlo.

- ¡Por el amor de Dios! Sólo te estaba tomando el pelo... Te lo juro... ¡Dios mío! ¡Ayúdame!

El terror se borró de los ojos de Estefanía cuando el primer vagón la arrolló arrastrándola y destrozándola. La sangre salpicó a Sara que chilló desesperadamente ante aquel horror. Pronto el metro se paró, los gritos cesaron y Estefanía desapareció bajo la mole de metal.

Ahora todo había acabado. Sara intentó coger aire mientras sus pulmones se rebelaban y casi la ahogaban mientras la angustia le revolvía el estómago. Nadie bajó del metro. Todo seguía silencioso y vacío. Horriblemente solitario. La chica entró en el suburbano y se dirigió casi arrastrándose hacia la puerta de la cabina del conductor. Allí tenía que haber alguien.

- ¡Socorro! –casi gimió con lagrimas en los ojos y sangre en sus ropas.

Ya casi había llegado a la puerta cuando ésta se abrió de pronto revelando un pequeño habitáculo oscuro del que emergió una siniestra figura vestida de negro. Una gabardina negra.

- ¡Dios... Dios mío...! –sollozó Sara a punto de perder la razón.

Avanzó hacia ella con el largo cuchillo de cocina brillando intensamente aunque con manchas rojas secas y frescas.

- No... No... No puede ser...

Intentó darse la vuelta y escapar. Lo intentó con las pocas fuerzas que aún le quedaban. Pero la agarró por el pelo y la lanzó salvajemente contra una de las ventanas del vagón rompiéndole la nariz. Mientras la sangre manaba de su rostro y el afilado cuchillo se hundía en su espalda tuvo un último pensamiento. Estefanía decía la verdad, sólo estaba bromeando.

